

LA SOMBRA BIENHECHORA DEL LIBERTADOR

SU HERMANA MARIA ELENA

POR ISMAEL BUCICH ESCOBAR

Presentar a un prócer en su realidad humana es tarea harto difícil cuando no se ha comenzado por admirarlo en su realidad de estatua. He ahí la ventaja de Ismael Bucich Escobar cuando se allega con la minucia de la anécdota hasta el bronce del Gran Capitán. El ama y reverencia la memoria del General San Martín, y ello le da el valor y el derecho suficientes para ofrecérselo con ágil pluma y segura visión, en su ir y venir cotidiano por los caminos que le fueron familiares. Bucich Escobar fue uno de nuestros historiadores más conscientes y, a la vez, más amenos. Tuvo la virtud de hacer nuevamente suave carne mortal de los mármoles perpetuos. Y ello se puso de relieve, particularmente, en su "San Martín", cuyos diez capítulos de intimidad constituyen otros tantos esbozos del carácter del Libertador. En esta página brindamos a nuestros lectores una semblanza, debida a su pluma, de la hermana mayor de San Martín. Y por ella se verá hasta dónde esa extraordinaria mujer fue, en todas las circunstancias de la vida, el ángel tutelar del héroe argentino.

Pocas figuras femeninas iluminan con acción de presencia la vida fecunda del Libertador San Martín. No hay en las horas exaltadas de sus victorias, ni en los repliegues de su intimidad, otras mujeres que la madre, la esposa, la hija y la hermana. Falta en el cuadro grandioso de sus días triunfales – sin que tal ausencia reste esplendor a la historia – la perturbadora nota femenina, con sus inevitables derivaciones sentimentales o galantes, que en la vida de otros conductores de pueblos forman como una aureola de romántica leyenda.

Después de la madre, que con clarividente intuición lo estimuló en sus estudios y lo alentó en los primeros años de su carrera - sin que alcanzara a vivir lo suficiente ni aun para percibir los primeros ecos de la gloria del hijo predilecto; - después de la esposa, nunca reemplazada en su corazón, aunque prolongada en la hija y en las nietas para alegrar las horas solitarias del Gran Capitán en su ostracismo; después de estas figuras femeninas, que son como los puntales de la personalidad moral de nuestro héroe, corresponde un lugar también en el recuerdo, así como lo ocupó en vida en el afecto del grande hombre, a su única hermana: María Elena de San Martín.

Se admitía hasta hace poco, por virtud de los escasos antecedentes genealógicos conocidos, que María Elena de San Martín era la menor entre los cinco vástagos del matrimonio San Martín-Matorras. Así lo hacía suponer, ante todo, la declaración testamentaria de la madre,

cuando dice: “Declaro que de mi matrimonio me quedaron cinco hijos, que lo son: don Manuel Tadeo, don Juan Fermín, don Justo Rufino, don José Francisco y doña María Elena de San Martín.”

Investigaciones han obligado a rectificar esta creencia, y el hallazgo de la partida bautismal auténtica de María Elena nos demuestra que ella fue la primogénita en el hogar del capitán español don Juan de San Martín y doña Gregoria Matorras, habiendo venido al mundo el 18 de agosto de 1771, esto es, a los diez meses de consagrado aquel matrimonio.

He aquí, pues, cómo el descubrimiento de una fecha precisa determina una nueva configuración en el cuadro imaginativo del hogar de los San Martín. María Elena no es ya, en vida de los padres, la chiquilla mimosa y juguetona que hacía las delicias de sus cuatro hermanos mayores, mocetones de estampa gallarda, a quienes imaginación pudo representárselos dentro del hogar, de regreso de sus cuarteles y al tiempo de dar expansión a sus afectos imprimiendo un beso en la frente de la madre y alzando, cual una débil muñeca a la pequeña, que pasaría así, entre halagos y caricias, de unos brazos a otros.

Pues ahora resulta que María Elena aventajaba en edad a sus cuatro hermanos y era todo una

MARIA ELENA DE SAN MARTIN

Fue la mayor de los cinco hermanos. Nació el 18 de agosto de 1771 y se casó con Rafael González Menchaca a poco de morir su padre. El Libertador no volvió a encontrarse con ella desde que regresó a la patria. Sólo cuando se radicó en Francia volvió a verla, pero ello no quita que siempre le profesara un hondo cariño fraternal.

señorita cuando la familia San Martín abandonó estas plazas en 1784. Tenía entonces trece años, mientras que el futuro Libertador no pasaba de seis. Manuel Tadeo contaba once, Juan Fermín diez y Justo Rufino ocho. En una familia así formada, donde los padres ya frisan en la cincuentena, el papel de una hija mayor es otro que el de dedicarse a juegos infantiles o acogerse a los halagos de la parentela. Manuel y Juan, y acaso también Justo, ya pueden valerse de sus propios medios para aligerar las preocupaciones de la madre en los mil y un detalles de la vida hogareña. Porque doña

Gregoria no descuida, por cierto, la atención de sus hijos, y ha de demostrarlo con el correr del tiempo, cuando llegará suplicante hasta el trono de S.M. el rey para afianzarlos en la carrera militar. Pero por el momento le interesa prolongar la trabajada vida de su esposo, aliviarlo de tanto achaque contraído en sus campañas, sostenerlo en su precipitada marcha hacia la senectud.

¿Quién cuidará, mientras tanto, del pequeño José, cuando la familia verifica su éxodo desde Yapeyú a Buenos Aires, y desde aquí a España? En la larga travesía atlántica, ¿no será el regazo de la hermana la cuna donde ahogue su llanto y se adormezca ese infante de seis años destinado a conmover un mundo con sus proezas? ¿Quién si no la hermana mayor será la que vele el sueño del rapaz, vigile sus alimentos, cuide de su ropita, le siente a su lado en la mesa familiar y le defienda de las pesadas bromas de los otros?

Mientras el pequeño José necesite cuidados maternos, y doña Gregoria se halle absorbida en la atención del marido sexagenario, los brazos cariñosos de María Elena serán su dulce cárcel.

Después lo llevarán al Colegio de Nobles y otro semejante, para seguir más adelante la carrera militar, en la que los hermanos lo precedieron, y a la que el padre los había destinado desde la cuna.

La familia San Martín, radicada en Málaga desde poco tiempo después de su arribo de América, empezó a disgregarse en la última década del siglo. Al alejamiento de los hijos siguió la muerte del padre, en 1796, y luego el matrimonio de María Elena con Rafael González Menchaca. Los años transcurrieron sin volver a unir a estos hermanos, que seguían la suerte de sus regimientos en largas campañas a través de la península.

Después José partió para su lejana patria de América, Juan Fermín radicóse en las islas Filipinas, la madre murió en marzo de 1813, cuando ya saludaban a su hijo los clarines de San Lorenzo. Un largo silencio extendióse luego sobre la familia desarticulada, hundiendo a unos en la sombra del olvido y elevando a las cumbres de la fama al predestinado.

En sus años de gloria -que fueron los de su sacrificio- y en su largo ostracismo, el recuerdo de María Elena acompañó siempre a San Martín, y aun puede decirse que volvieron a verse bajo el cielo de Francia, porque si no hay referencias concretas que permitan reconstruir el emocionante abrazo del pequeño "benjamín", convertido en grande hombre, con la tierna madrecita quinceañera, ya señora mayor, nos ha dejado San Martín dos pruebas de ese culto fraterno: en el retrato de su hermana, obsequiado por ella a él en la edad madura, y que conservó el Libertador hasta su muerte junto con la miniatura de Remedios; y aquella cláusula testamentaria por la cual dotó a su hermana de un legado anual de mil francos, que confió a la lealtad de sus descendientes "por ser su expresa voluntad".

Este artículo fue publicado en una revista aparecida en 1950, en ocasión de los homenajes al cumplirse el centenario del fallecimiento del Padre de la Patria.
